

tesía hacia su sexo, debiera haberla cedido la primera el paso. Pero es inflexible el protocolo, en el reino del espíritu.

Ya he dicho, al ocuparme de su interpretación del «Cantar de los Cantares» de Salomón, cuánto me sugiere su misión. Porque se le ha confiado una, exelsa y delicada, y va cumpliéndola, por el mundo, de buena fe y con buena voluntad. Les serán tenidas en cuenta, cuando se haga el recuerdo de sus virtudes y sus desaciertos. Y todos quedaremos en deuda con ella, porque estamos en deuda con su ardiente inspiración, con el comunicativo ideal de belleza que ha logrado infundir a una época baja y fea, y más que fea y baja, desalentadoramente trivial. ¡Berta Singerman, sigue intercediendo por nosotros los proscritos, los poetas, ante el trono de todas las potestades y de todas las jerarquías!

III. EL SALON OFICIAL

Y ahora el salón anual de pintura y escultura, a cuya inauguración, que debiera ser una solemnidad, debieran asistir, y no asisten, las primeras autoridades, no porque las autoridades pudieran honrarle, sino porque debieran honrarse con él.

Yo no había vuelto a ver pintura chilena desde mi juventud, mis críticas de aquella época, y mi convivencia con maestros que lo eran, como Alfredo Valenzuela Puelma, Juan Francisco González, Pedro Lira.

Alfredo Helsby, Nicanor Plaza, Simón González, y algunos pocos más.

Mi primer contacto nuevo con la nueva pintura nacional, fué cuando la admirable exposición póstuma de Alfredo Valenzuela Llanos. Y, recién regresado al país, tras tan larga ausencia, me enorgullecí de la obra de ese artista, que yo no había sabido estimar como hombre, cuando nos conocimos, acaso porque profundas divergencias ideológicas nos separaban.

Muerto el hombre, no subsistía sino la obra ¡y cómo! sólida y sincera, honrado fruto de una vida honrada y cuya memoria merece honrarse mucho más que honorificarse.

Hay que conceder que el paso de aquella exposición privada a esta colectiva, es arduo y largo. Va mucho trecho, de la una, a la otra. Media entre ambas, no una diferencia de sensibilidad, sino de categoría de arte.

Con todo, este salón nacional, descuella por el aporte de los escultores. La Sección Escultura, está muy por encima de la de Pintura o ésta está muy por debajo de aquélla, tomadas en conjunto.

En detalle predominan los bustos de Lorenzo Domínguez, como predomina, en detalle, un retrato de Camilo Mori.

Esta obra me parece la más lograda. Me refiero al retrato de otro escultor, hecho, mitad en broma, mitad en serio, con algo de affiche, algo de figura de palo, y algo de funámbulo o, mejor, de tony de circo. Un ar

te burlón y apesarado, escéptico y gravemente cómico, pero con un dominio de la técnica, que seduce y lo coloca en su verdadera valorización.

Burchard, Julio Ortiz de Zárate, aquellos mis distantes compañeros de la Colonia Tolstoyana de nuestra juventud, a quienes no he logrado volver a ver aún, o he visto a uno, apenas, se destacan, con mucho, de la mayoría de los concursantes. Se trata de pintores, no de hombres dedicados a pintar, como podrían consagrar su actividad a cualquiera otra. Y se trata, no sólo de pintores más o menos hábiles en su oficio, sino de artistas, dedicados a cultivar el arte y a cultivar el espíritu.

En esa vasta asamblea de telas, en las cuales se ha invertido tanto tiempo, tantos colores, tantos afanes, pero tan poca eficacia y un interés tan poco desinteresado, no quiero señalar nombres. Algunos merecerían salvarse. Serían los contados justos que redimen esa Sodoma y Gomorra. Más vale, sin embargo, atenerse a una impresión sintética y, sin sentar cátedra, pero sin condenar tampoco en bloque y a fardo cerrado, decir, en último término, que el Salón Nacional, peor que malo, o que desigual, es mediocre, en su término medio. Uno que otro cuadro vale la pena de haber sido pintado y de que uno lo mire y admire; uno que otro es la negación misma del arte. Pero si en el término medio, suele hallarse la verdad, según los filósofos y hasta la felicidad, según los moralistas, no así en funciones espirituales, donde reza, por el contrario, el

axioma evangélico: «Sé frío o sé caliente, porque si no fueras nada más que tibio, te vomitaría de mi boca».

«Atenea» me ha confiado un juicio. Y hubiese querido poder llenar estas atribuciones con los panegíricos más alentadores. Sin embargo, desalentar a quien tiene aliento y arrestos, es estimularle a veces. Y yo desearía que en esta mi pesimista impresión del salón de 1935, redundara en beneficio del de 1936 y que los pintores que me leen y se sienten injustamente maltratados, precisamente porque no trato de ellos, midieran todo el alcance de mi discreción y, si no la agradecen, por lo menos sepan apreciarla, y, sobre todo, beneficiarse, para lo futuro, de mi fraternal desencanto.

No, de cierto; no se trata de «trabajar», como tantos califican esa forma de la vagancia y el ocio, sino que se trata de hacer algo útil. Y en estos dominios, sólo es útil la belleza. Una cosa bella, es de una economía perfecta.

Hacer obra, no es embadurnar telas, ni amontonar barro. En tal sentido, un lienzo en blanco, o un poco de tierra, son más, porque son por lo menos una posibilidad y una promesa. Tampoco la vocación nos ha llamado a todos, y el sentido de la vida es hallarse y hallar su verdadero aprovechamiento. Hacer arte, por hacer arte, nunca será hacer arte.

D'HALMAR.